

CENTAURO

—¿Qué peso tiene?

—No la he pesado nunca, pero se lo puedo decir de un modo aproximado. Mire usted... como no es muy gruesa... podrá pesar unos cincuenta kilogramos.

—Pues bien, permítame que le diga que el objeto de su idolatría contiene alrededor de cuarenta litros de agua, sobre poco más o menos.

—¿Cállese! Me desilusiona usted!

—Cuarenta litros de agua. ¿Usted me entiende?... Ochenta cuartillos!

Y el inventor pronunció esta frase: «Ochenta cuartillos, con tono indecible de menosprecio.

Luego continuó, como quien dispara a quemarropa.

—Pero usted se ha propuesto hacerme perder el tiempo con esas historias de su novia... Vuelvo a mi invento. Apenas el cuerpo de usted está enteramente desecado, lo meto en un líquido de mi composición a base de ácido azoico, que lo transforma en materia explosiva, análoga al algodón pólvora. No hay más que encenderlo y... ¡ppppff... ffff... tttt! ¡!!! Un resplandor súbito..., una gran humareda

blanca que sube hacia el cielo, y se acabó. ¿Que le parece a usted mi idea?

—Luminosa.

—Pero es que hay más! En lugar de transformar su cuerpo en simple explosivo, puedo convertirlo en un fuego de artificio completo. Petardos, lágrimas de fuego, granadas, soles, etcétera, etcétera. Para las familias pobres, me encargo de transformar al precio de treinta francos, al querido difunto en candéllas romanas de todos colores. Por diez mil francos los transformo en un castillo de fuegos artificiales de primera clase, con ramillete alegórico.

—Soberbio.

—Mas aún. Los viejos militares podran legar sus despojos mortales, así transformados, al cuerpo de artillería. Con ellos se cargarán los cañones.

¿Que alegría lo de poder a los diez años de muerto, ametrallar a los enemigos de la patria! ¿No le tienta a usted esto?

—Si el asunto es verdaderamente seductor, pero por lo que a mi cuerpo personal se refiere, prefiero esperar.

El inventor cogió su sombrero y se fué furioso.

—¿Qué quiere usted? Yo, la verdad, no tengo prisa.

La bastro el herrero... ¿No es verdad todo esto, Señor nuestro amo? Dígalo por su vida, porque estos Señores no me tengan por algún hablador mentiroso.. Digo, pues, Señores míos, que este tan hidalgo, que yo conozco como a mis manos, porque no hay de mi casa a la suya un tiro de ballesta, convidó a un labrador pobre, pero honrado.. Y así digo, que llegando el tal labrador a casa de dicho hidalgo convidador, que buen poso haya su ánima, que ya es muerto, y por más señas dicen que hizo una muerte de un ángel, que yo no me hallé presente, que había ido por aquel tiempo a segar a Tembleque... Es, pues, el caso que estando los dos para asentarse a la mesa, que parece que ahora los veo más que nunca... Diga así, que estando, como he dicho, los dos para asentarse a la mesa, el labrador porfiaba con el hidalgo, que tomase la cabecera de la mesa, y el hidalgo porfiaba también que el labrador la tomase, porque en su casa se había de hacer lo que él mandase, pero el labrador, que presumía de cortés y bien criado, jamás quiso, hasta que el hidalgo mohino, poniéndole ambas manos sobre los hombros, le hizo sentar por fuerza, diciéndole: —Sentaos, majagranzas, que adonde quiera que yo me siente será vuestra cabecera; y este es el cuento. Y en verdad que creo no ha sido aquí traído fuera de propósito.

Púse Don Quijote de mil colores, que sobre lo moreno le jaspeaban y se le parecían. Los señores disimularon la risa, porque Don Quijote no acabase de correrse, habiendo entendido la malicia de Sancho.

CERVANTES

(De Don Quijote de la Mancha)

El Gobernador civil de Albacete



D. José Salas y Vaca

El inteligente y culto, el ilustre prócer, espejo de caballeros y hombres de buena voluntad, que rige los destinos de la provincia, que con su fluida palabra, en bellísimos párrafos llenos de la más exquisita dicción, puso de manifiesto en la sesión municipal del miércoles lo compenetrado que está con los intereses y anhelos de la provincia de su mando.

Suyas fueron estas hermosas frases: «Yo hace tiempo que vengo viviendo una vida exclusivamente activa porque creo con toda sinceridad que la palabrería hueca, aquello que pueda representar una idea sin producir el afecto sentimental que la avalora, no tiene transcendencia absolutamente ninguna, porque solo, por el camino de los afectos y por el camino del sentimiento, es como puede llegarse a la solución de las grandes empresas...»

«...Nosotros lloramos hoy la ausencia de personas, lloramos la ausencia de una colaboración...» —Sentidas y justas palabras sobre la labor de un buen Alcalde.— «Yo tengo la seguridad y ciertamente así ha de ser, que la semilla que yo no hice otra cosa que arrojar ha de ser abundante en frutos...»

Se ocupó de los distintos problemas vitales de Albacete y terminó diciendo: «Una es la aspiración a realizar, la de laborar en bien de la localidad que al fin es laborar por el engrandecimiento de nuestra Patria.»

Más que cuanto pudiéramos añadir encierran esas frases que entresacamos del florido, sentido y profundo discurso, pronunciado por D. José Salas y Vaca, el culto prócer que siente amor profundo por Albacete y recientemente destacó su figura con enérgico relieve.

Foto Belda

TROZOS SELECTOS

El labrador convidado por el hidalgo o la modestia intempestiva

Sancho, embobado y atónito de ver la honra que a su Señor aquellos Príncipes le hacían, y viendo las muchas ceremonias y ruegos que pasaron entre el Duque y Don Quijote, para hacerle sentar a la cabecera de la mesa, dijo: —Si sus mercedez me dan licencia, les contaré un cuento que pasó en mi Pueblo acerca desto de los asientos. Apenas hubo dicho esto Sancho, cuando Don Quijote tembló, creyendo sin duda alguna, que había de decir alguna necedad. Miróle Sancho, y entendiéndole, dijo: —No tema vuesa merced. Señor mío, que yo me desmandé, ni que diga cosa que no venga muy a pelo; que no se me han olvidado los consejos que poco ha vuesa merced me dió sobre el hablar mucho o poco, o bien o mal. —Yo no me acuerdo de nada, Sancho, respondió Don Quijote: dí lo que quisieres, como lo digas presto... —El cuento que quiero decir es este: Convidó un hidalgo de mi pueblo muy rico y principal, porque venia de los Alamos de Medina del Campo, que casó con Doña Mencia de Quiñones, que fué hija de Don Alonso de Merañón, Caballero del Hábito de Santiago, que se ahogó en la Herradura, por quien hubo aquella pendencia, años ha, en nuestro Lugar, que a lo que entiendo mi Señor Don Quijote se halló en ella, de donde salió herido Tomasillo el travieso, el hijo de